

LA FAMILIA*

DR. ALFONSO MILLÁN

ME CORRESPONDE señalar las influencias familiares que favorecen en el hijo, la presencia de reacciones antisociales, muchas de las cuales pueden ser motivo de aplicación de leyes penales, y que nuestro symposium ha convenido en llamar conducta antisocial. Entre estos síndromes de conducta, los hay también que no llegan al conocimiento de autoridades judiciales.

De una relación simbiótica con el cuerpo materno, el hijo del hombre ha de evolucionar hacia la formación de un organismo corporal y mental independiente, con personalidad autónoma. Esto quiere decir que ha de adquirir no sólo la autonomía biológica o corporal, sino también la autonomía psicológica.

De los vínculos primarios con la madre y la familia, ha de evolucionar hacia los vínculos secundarios con la sociedad, el mundo y la propia familia, en cuya relación debe actuar como persona segura y autónoma.

Mientras los vínculos primarios son consecuencia obligada de las necesidades del niño, tanto orgánicas como psíquicas, los segundos son resultado de la evolución psico-social. En los primeros, el niño depende necesariamente de la madre y de la familia. Sus necesidades no pueden ser satisfechas por él mismo, ya que no tiene capacidades orgánicas ni psicológicas para hacerlo. Los hijos del hombre, inclusive, han de depender de la protección, el calor y el aprovisionamiento de sus padres, por mucho más tiempo que los hijos de otras especies animales. En estos últimos, los hijos tienen independencia y autonomía muy pronto después del nacimiento y el hombre llega a ciudadano, con todos sus derechos, sólo hasta los 21 años.

Psicológicamente, la formación de una persona supone un yo capaz de sentirse él mismo como único y diferente, solo; pero relacionado con los demás; con funciones psicológicas que le permitan también sentirse seguro, con valer propio y con autonomía. La adquisición de la individualidad biológica es rela-

* Leído en la sesión del 8 de noviembre de 1961.

tivamente fácil después del nacimiento y del desarrollo corporal; pero las funciones psicológicas de segurización, valorización y autonomía, no se adquieren tan fácilmente. En efecto, deben romperse y transformarse los vínculos primarios con la familia. La satisfacción de las necesidades debe procurarsela por sí mismo, producirla el mismo individuo. La seguridad psicológica debe ser función de la propia persona y no de lo que se le otorga en la familia; el sentimiento de identidad como un ser separado debe adquirirse sin angustia; el sentimiento de valer no debe ser producido en función de la dependencia, aprobación o protección de la familia, sino que debe ser función propia de la persona. Ni el individuo ha de depender más de la familia, ni ésta ha de insistir en que él siga dependiendo. El proceso es largo, lento y difícil y está sometido a muchas vicisitudes. Por lo que al individuo respecta, hay en él originariamente, la energía suficiente para que el proceso se realice. Es ley de la vida que cada hombre sea una entidad propia; pero por lo que respecta a la familia y a la sociedad, se presentan obstáculos, tanto más importantes, cuanto que el individuo ha de evolucionar también en otros terrenos: en el del pensamiento, desde un funcionamiento mental del niño, que es primitivo, mágico y prelógico, hasta la adquisición del pensamiento adulto que es lógico, racional, analítico y sintético, etc., y factores como el desarrollo psicosexual, el del lenguaje, el aprendizaje, el crecimiento corporal con sus implicaciones biológicas y en especial glandulares, hacen más complejo aún el proceso, el cual no es parejo, armonioso y de un jalón, sino que está sometido a etapas, fijaciones, retrocesos o regresiones, que mucho tienen que ver con el medio en que se desarrolla el individuo.

En efecto, el proceso psicológico se complica por factores procedentes de la familia, de la comunidad y del Estado. En la familia, los mecanismos por medio de los cuales se realizan las influencias de sus miembros entre sí, constituyen la psicodinamia intrafamiliar. El niño aprende, a sus expensas y sufrimientos, que no puede realizar todos sus impulsos y deseos simplemente porque quiera. Conforme abandona su mundo de pensamiento mágico y de fantasías, que es para él omnipotente, y conforme va captando la realidad en que vive, su mente va adquiriendo ciertas funciones. Debe reprimir aquellos impulsos cuya realización le traería desagradables consecuencias. Debe adquirir hábitos de aseo y después de estudio; debe respetar pautas morales y religiosas, etc. La figura paterna es la que, en nuestra sociedad patriarcal, ejerce la autoridad y la que hará renunciar al niño a sus deseos, impulsos y apetencias, obligándolo a reprimirlos. Esta represión, descrita por Freud, se hará más tarde de manera automática e involuntaria y tendrá consecuencias importantes posteriores, pues lo reprimido no desaparecerá sino que actuará desde lo inconsciente. Según Freud, se reprimen aquellas actitudes, deseos o impulsos instintivos, sobre todo psicosexuales, que la sociedad no aprueba. En este sentido, la familia y en particular el padre, constituyen la agencia trasmisora de las leyes, las pautas, los

ideales y también los prejuicios de la sociedad. Consciente o inconscientemente, el padre, al ejercer la autoridad, trasmite esas pautas sociales, tamizadas por sus propias ambiciones, ideales y modos de ser, o sea, de su propio carácter. Aquí debo hacer notar que la represión no comprende solamente los deseos psicosexuales, los instintos destructivos y antisociales a que hizo referencia Freud. También reprimen los padres, y la sociedad por medio de ellos y de la escuela, los impulsos creadores de que es capaz el hombre en general y el niño o hijo en particular. En este sentido, Fromm ha insistido en que nuestra sociedad contemporánea reprime mucho más lo positivo, lo creador y constructivo, que lo instintivo o negativo.

Al imponer a los hijos pautas ajenas a sus intereses y posibilidades genuinos, como por ejemplo, una profesión, un modo de pensar, una ideología, etc., se está frustrando en ellos una energía vital que es esencial al desarrollo de la personalidad. Se puede decir que se reprime la vida misma.

Pero los impulsos reprimidos no desaparecen sino del campo de la conciencia. La represión ejercida por el padre se convierte después en funciones inconscientes y conscientes. En lo primero, es el super-ego de Freud, función de censura y que reprime, en el campo inconsciente, los impulsos prohibidos; en lo segundo, es la autocrítica consciente, es el yo que decide entre realizar o no los deseos.

La formación del super-ego se facilita por la introyección de la figura paterna, con la cual el niño se identifica tomándolo por modelo. O bien el hijo reacciona de manera diferente y quiere ser distinto y aún opuesto al padre. Aparece así el fenómeno de la ambivalencia, en virtud del cual el niño quiere y odia al padre, quiere ser como él y lo contrario de él; se somete y se rebela, etc. La dinámica de estas relaciones incluye a la figura materna. Según Freud, en su concepción del Complejo de Edipo, surgen dificultades con el padre porque este es un rival sexual triunfante, respecto a la madre. No entraré en detalles sobre este importante asunto; pero sí diré que Fromm, creador del psicoanálisis humanístico y menos biólogo que Freud, confiere importancia esencial a estas relaciones hijo-padre, sobre todo en sociedades patriarcales. Lo que el hijo envidia del padre no es el tener, en la fantasía, relaciones sexuales con la madre, sino ejercer sobre ella y sobre la familia, inclusive el padre mismo, la autoridad, el poder, la posesividad y el dominio ejercidos por el padre. Pero también es muy importante la figura paterna per se. En sus funciones, muchos padres se hacen prácticamente odiosos, mientras otros se hacen amar, y ésto independientemente de la relación con la madre. Lo que importa es que el hijo alienta en ese desarrollo temprano, sentimientos contradictorios y opuestos respecto al padre, siendo entonces cuando aparece la ambivalencia mencionada antes. Este proceso hace crisis en la adolescencia.

La mente del niño va adquiriendo otros mecanismos aparte de la represión,

la identificación y el fenómeno de la ambivalencia. Nos interesa el mecanismo llamado desplazamiento, que se define por sí mismo: los impulsos reprimidos o castigados por el padre, que es agente inconsciente de la sociedad, no desaparecen, permanecen como motivaciones inconscientes de conducta, tratan de actualizarse, realizarse o llevarse a la práctica. Cuando son hostiles no pueden ni siquiera expresarse contra el propio padre, autoridad respetada y temida; pueden entonces expresarse o realizarse respecto a otras figuras que desempeñan las funciones del padre. Los sentimientos hostiles contra éste, serán ahora desplazados contra el maestro de escuela, figura paterna substituta o subrogada; o podrán actuar contra la autoridad representada por los reglamentos, el jefe, la sociedad. Muchas agresiones de los jóvenes, muchas de sus reacciones antisociales, tienen esa génesis psicológica. Inclusive el robo, que aparentemente puede estar motivado por razones económicas, es con frecuencia en México, como lo he demostrado en alguna otra ocasión, solo una agresión, primitivamente dirigida contra otra figura significativa de la infancia.

Otros aspectos muy importantes de la psicodinamia intrafamiliar deben ser considerados, pero no alcanza el tiempo. Debo sólo señalar que precisamente en la adolescencia, aparte de estas formas de relación y de influencia, existe en el joven mismo mayor necesidad de afirmar su propio yo, mayores sentimientos de inseguridad, pues el proceso de individuación se encuentra entonces en pleno desarrollo: crisis biológica, filosófica, del valer propio, de elección de profesión, etc., por lo que esa actitud se ha llamado primera edad crítica (aunque en rigor debe ser la segunda, pues crisis familiar de afirmación del yo se produce en la primera infancia, entre los dos y cuatro años).

La organización de la familia en México es, como se indicó antes, de naturaleza patriarcal. El padre es el amo y señor, a quien hay que obedecer, servir y respetar, entendiendo por respeto sumisión ciega. El hijo es un objeto, una propiedad y no una persona. Los vínculos primarios no pueden romperse prácticamente nunca, porque la organización de la familia no lo permite. La nuestra es una familia de clan: con su amo y señor y sus esclavos. El padre puede ser de carácter autoritario franco, abierto; entonces golpea y castiga de mil modos a los hijos; o puede usar autoridad clandestina, entonces manipula, maneja de mil modos indirectos, racionaliza; este tipo de padre autoritario, franco o disimulado, es el más frecuente en México. Igual daño hace por su crueldad que por su manipuleo. El resultado es el mismo. El hijo es propiedad privada del padre y de la familia. Esta tiene una organización psicodinámica que no permite, de todas maneras, que el proceso de individuación se realice satisfactoriamente. Muchos sentimientos hostiles, de ningún modo gratuitos, sino reactivos a esa relación deprimente y humillante con el padre, son reprimidos; permanecen inconscientes y luego se realizan, desplazados, en las reacciones antisociales, como dije antes. Aún casados, independientes económicamente, muchos

hijos mexicanos, deben acatar las disposiciones del padre o las costumbres de la familia. Los satélites de ésta son también muy importantes: los abuelos, en particular la abuela; los tíos, etc. Las familias de los progenitores participan en estas influencias, no favorables. Lo frecuente es que el hijo tenga que tomar partido entre la familia del padre y la de la madre, pues éstos no se recatan para reprocharse sus respectivos familiares. Por otra parte, las hijas son devaluadas: la familia en general prefiere hijos varones y de éstos el mayor tiene más derechos, pero es también el que plantea más problemas, pues le tocan padres inexpertos, ya que se nos enseñan muchas cosas para ganar la vida, pero no para vivirla, como por ejemplo, no se nos enseña a ser padres. Agréguese a lo anterior la inconstancia del padre, que abandona a la familia o tiene amantes porque es muy hombre y los hombres en México creen de su deber no resistir las tentaciones y "oportunidades". En el fondo, están insatisfechos. Agréguese también el alcoholismo, la promiscuidad, la miseria económica sobre la cual el Dr. Prado Vértiz nos ha proporcionado datos significativos.

Hay matices entre los grupos sociales, pero creo que en general esta descripción de la familia mexicana es válida, lo mismo para los ricos que para los pobres. Entre los primeros el afán de hacer dinero y de destacarse socialmente separa a los miembros de la familia entre sí. Entre los segundos, el hijo ha de trabajar muy pronto para ayudar a la familia.

Por lo anterior, he dicho alguna vez que en México está prácticamente prohibido ser joven: a unos hijos hay que hacerles trabajar, ganar su vida desde niños. Deben ser hombres muy pronto. A otros, se les pide que sigan siendo sumisos, como niños, aún ya jóvenes. El mexicano sufre, en suma, de una hipertrofia de la familia que alguna vez llamé "familitis". Los vínculos de la sangre son en ella muy poderosos.

Por último, he de decir que la dinámica a que aludo es más compleja de lo que parece, pues la madre no ocupa siempre el lugar secundario o degradado respecto al padre. Es abogada de los hijos frente a éste; pero lo usa como una amenaza para someter a los hijos, y tipos de madres también dañinas que son frías, rechazantes, o sobreprotectoras o posesivas, etc.

Finalmente, los ideales y pautas que la familia trasmite a sus hijos en la sociedad actual, son fundamentalmente mercantiles. La autoridad anónima del comercio impone modas, artículos de consumo, maneras de ser, ideales y también ídolos que imitar, usando los modernos medios de difusión. A esto aludió recientemente nuestro colega Federico Gómez, en la prensa diaria, y se referirá otro de nosotros. Se obtiene así el tipo de familia que requiere nuestra industria: una familia conformista y sumisa, consumidora de artículos e ideas, cómplice inconsciente en la deformación que sufren los hijos.

Esta organización familiar es el efecto natural de una organización socio-económica y política semifeudal, en transición crítica. En una sociedad en que

el poder en todas sus formas (económica, política, clerical y cultural), se concentra en unos pocos, los demás no tienen otra cosa que hacer sino depender o someterse a ese grupo, o rebelarse de tiempo en tiempo.

No me corresponde señalar remedios. Sin embargo, he de concluir insistiendo en que si bien las causas de fondo de esta situación no están a nuestro alcance al menos sí podemos, nosotros los médicos, en el ejercicio de nuestra profesión, realizar una labor de orientación y divulgación entre los padres y los maestros, pues creo que la influencia del médico puede y debe ser provechosa en estos campos.